



Corpus

Archivos virtuales de la alteridad americana

Vol 5, No 1 | 2015
Enero / Junio 2015

Conclusiones

Alejandro M. Rabinovich



Electronic version

URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1406>

DOI: 10.4000/corpusarchivos.1406

ISSN: 1853-8037

Publisher

Diego Escolar

Electronic reference

Alejandro M. Rabinovich, « Conclusiones », *Corpus* [En línea], Vol 5, No 1 | 2015, Publicado el 30 junio 2015, consultado el 07 mayo 2020. URL : <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1406> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.1406>

This text was automatically generated on 7 May 2020.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

Conclusiones

Alejandro M. Rabinovich

- 1 Concluye aquí —por ahora— esta primera “conversación” dedicada al problema de la guerra en el espacio americano. Conversación que en un inicio parecía bastante improbable dada la variedad de disciplinas —y sobre todo de enfoques— desplegadas por los participantes, pero que fue hallando su terreno de encuentro y de intercambio hasta volverse inmensamente productiva. Nos queda a todos la satisfacción de habernos asomado por encima de las altas murallas disciplinarias para espiar un poco lo que hacen los colegas de al lado. Y el resultado, por previsible, no deja de ser muy positivo: queda claro que las respectivas líneas de abordaje, lejos de ser mutuamente excluyentes son perfectamente comunicables y hasta complementarias. Un fenómeno total como el de la guerra tolera mal toda perspectiva que no sea multidisciplinaria.
- 2 En el texto introductorio que sirvió de disparador para esta discusión, N. Richard nos propuso superar la matriz colonial de la conflictividad americana (colonial desde la perspectiva de las potencias europeas centrales, pero también desde la de las nuevas repúblicas americanas independientes o incluso del imperio inca en expansión) para desactivar el efecto invisibilizante que la “colonialidad” tiene sobre el fenómeno de la guerra; pues en efecto, para el Estado que combate en los márgenes de la “civilización” nunca hay guerras propiamente dichas sino ocupaciones, pacificaciones y conquistas de desiertos que no hacían más que esperar a sus descubridores estatales.
- 3 Se respondió a este desafío inicial con las herramientas de la arqueología, la antropología y la historia social de la guerra, y el resultado inmediato fue una proliferación incontrolable de matices, multiplicidades y variaciones del fenómeno guerrero americano. Al incorporar la mirada de las distintas parcialidades indígenas a la explicación de los grandes conflictos bélicos de la época, se produce un efecto verdaderamente caleidoscópico, que hace estallar en fragmentos multicolores a las monolíticas interpretaciones tradicionales. De repente, la Guerra del Chaco, que fue siempre vista como un típico conflicto limítrofe entre dos Estados-nación en vías de consolidación (guerra que por su escaso nivel técnico y por la pobreza de los contrincantes hace bostezar a muchos historiadores militares europeos), se transforma en un fascinante laboratorio antropológico donde las más diversas culturas de la guerra

se afrontan siguiendo lógicas divergentes. En la introducción del dossier N. Richard preguntaba por la perspectiva guerrera de al menos doce grupos de la zona chaqueña meridional (ishir, nivacle, ayoreo, macá, enlhet, maj'hui, wichi, pilagás, tomarahas, mascoy, chanés y chiriguano) que habría que agregar a las de paraguayos y bolivianos que participaron en el conflicto. Diego Villar le respondió con un inventario no de doce, sino de trece estrategias diferentes desplegadas por las parcialidades indígenas en la Guerra del Chaco (las de los wichís-guisnais, chamacocos, enlhet, angaités, nivacles, toba-pilagás, giday-gosóde, totobí-gosóde, makás, isoseños, guarayos, chiriguano y ayoreos), y Axel Nielsen nos ofrece un panorama no menos variopinto para la región andina en la época preincaica. Pero la incorporación de la perspectiva indígena no hace más que dar un primer paso en la deconstrucción de las guerras regulares, homogéneas y civilizadas que nos legaron las historiografías vernáculas. Como señala Luc Capdevila para las guerras del Chaco y de la Triple Alianza, y como indico en mi intervención para el espacio rioplatense posrevolucionario, los mismos ejércitos “nacionales” del período tienen que ser desarticulados en sus componentes de base para comprender hasta qué punto toda homogeneidad y regularidad era en ellos ilusoria. Los batallones de línea estaban aquí siempre en desventaja numérica y táctica respecto de la enorme variedad de partidas sueltas, unidades voluntarias y mercenarias extranjeras o americanas, milicias regladas y urbanas, pasivas o activas, guardias nacionales y montoneras de todo tipo, por no hablar de las escuadras europeas que incidieron siempre en la región.

- 4 Recuperar la cultura de la guerra de cada uno de estos actores no solo es deseable sino que es posible, y a lo largo del dossier hemos visto varios ejemplos de la productividad de este tipo de análisis. Pero una vez que se dinamitan esos grandes bloques históricos que son las “guerras internacionales”, ¿cómo gestionar la fructificación imparable del fenómeno guerra de modo de no caer en una pura fragmentación de trozos incommunicables? Porque ciertamente existe un riesgo. Diego Villar lo menciona cuando se pone a “hilar fino”, y de las estrategias guerreras de los grupos indígenas pasamos a la de los individuos con nombre y apellido. Es decir, la caracterización de las prácticas y actitudes guerreras puede ser especificada y diferenciada hasta el nivel de los más mínimos componentes del fenómeno guerra (cada unidad de combate e incluso, en el límite, de cada combatiente individual), pero es indudable que lo que ganamos entonces en complejidad y en detalle corremos el riesgo de perderlo en términos de capacidad explicativa del fenómeno en su conjunto. Es necesario poder recoger los trozos y realizar con ellos un mosaico, que desde ya no sea totalizante ni reduccionista, pero que sí permita ligar en un mismo plano las experiencias de guerra del combatiente chamacoco, del soldado paraguayo, del coronel boliviano y del lord británico que los financia a todos, porque en definitiva la guerra (tal como la entiende cada uno de ellos) es justamente lo que los ha puesto en contacto; el combate es la arena en que todos los lenguajes de la guerra (desde el flechazo envenenado hasta el caza-bombardero supersónico) logran conversar a pesar de la diferencia original de idioma. Es decir que cada uno de los actores de la guerra tiene una visión propia del conflicto, pero entre todos generan algo nuevo que los engloba al tiempo que los distancia.
- 5 En la segunda parte de este dossier ensayamos dos vías posibles para una reorganización del conjunto, a partir del eje simetría/asimetría y a partir de la lógica del uso de las armas. Ambas perspectivas se mostraron, en una primera instancia, fructíferas. Porque las tácticas asimétricas no son más que un modo de relacionarse con un otro irreductible, mientras que las armas son el instrumento a través del cual esa relación se entabla. Y si bien los pueblos americanos hacen gala de una enorme

variedad tanto táctica como armamentística, son evidentes también ciertas continuidades (la predilección compartida por tácticas indirectas de raid, malón o guerra de guerrillas), ciertos mestizajes (la fácil apropiación del caballo y de las armas de fuego portátiles por parte de los indígenas, la adopción de las boleadoras y de las lanzas por parte de la caballería criolla) y ciertas adaptaciones generales a la manera de combatir del contrario. Pero las dos vías ensayadas mostraron también sus límites para explicar, por sí solas, el comportamiento de los actores combatientes. Es que la guerra, las sociedades la hacen con todo su ser, no solo con sus tácticas y con sus armas. Si uno quiere llevar el análisis hasta sus últimas consecuencias, está claro que no alcanza con la faceta “militar” de la guerra sino que se hace necesario considerar lo que implica el estado de guerra para la sociedad en su conjunto, indagando cómo esta afecta a su funcionamiento económico, cultural, sexual y hasta demográfico. En este sentido, pese al camino recorrido, es mucho lo que resta por hacer.